

Semana de muertos

Carlos Emmanuel Ponce Pineda

Lingüística y Literatura Hispánica

carlos.poncepi@alumno.buap.mx

27 DE OCTUBRE

El primer perro que tuve se llamaba Max, era un pastor alemán. Mi tío nos lo regaló. A veces cuando mi mamá nos llevaba a la escuela él nos seguía hasta la parada. Mi madre decía que era muy inteligente pues siempre sabía cómo regresarse solito a la casa. Un día no regresó.

El segundo perro también se llamaba Max, en ese tiempo no me complicaba mucho al ponerles nombre. Él era un bóxer, uno muy inteligente también. El terreno ya había sido bardeado para entonces por lo que no se salía. Mi papá hizo que le cortaran la cola y las orejas, que disque por estética. Lo mató la anestesia.

Mi tercer perro fue una AmStaff Terrier, ella no era muy lista, pero comía garrafrones de agua. Se llamaba Whoopie. Una perra muy alegre con la que jugué mucho y a veces, cuando dejaba la puerta abierta, corría a toda velocidad a explorar la calle. Siempre miraba atrás, esperaba a que le diera alcance y luego volvía a correr. Un día se escapó y la atropellaron. Murió en mis brazos.

La cuarta, y debo admitir que fue más de mi madre que mía, fue una pastor suiza muy consentida. Mi hermana le puso cookies (galletas en inglés) porque le recordaba al helado de *cookies n' cream*. Era tan inteligente que le gustaba hacerse pendeja. Siempre le decíamos que no se metiera a la casa porque tenía mucho pelo y dejaba la sala toda peluda. Ella solo nos miraba, se reía y se acostaba. Un día se comió todas las flores de las bugambilias de mi mamá. Le gustaba comer sandías en

verano cuando hacía calor. Por ahí tengo una foto en la que le puse un sombrero hecho con la cascara de la fruta. Siempre que me escabullía para llorar en la escalera ella me acompañaba. Me miraba mientras jadeaba y solo se acostaba a mi lado. Cuando tocaba la armónica ella aullaba acompañando mis melodías. Mi mamá tuvo que dormirla pues un tumor la hacía sufrir mucho y le causaba demencia. En su último día comió todo lo que quiso, incluso lo que no la dejábamos comer. Era una perra gorda. Mi mamá pone flores de bugambilia en la ofrenda todos los años. Vivió catorce años.

28 DE OCTUBRE

Mi tío trabajaba en un Sears. Cada navidad, cuando yo cumplía años, mi papá me llevaba a esa tienda para escoger mi regalo. Mi tío nos daba su descuento de empleado. Él era un gamer como yo. Mi papá me contaba historias de las veces en que mi tío se gastaba el dinero del mandado jugando “maquinitas”. Dice que su mamá le pegaba por eso. Conoció a su esposa en el trabajo. Los últimos años ella era la que nos atendía en la tienda. Tuvieron una hija. Un día la cola de un tráiler impactó con la moto de mi tío. El casco no lo salvó.

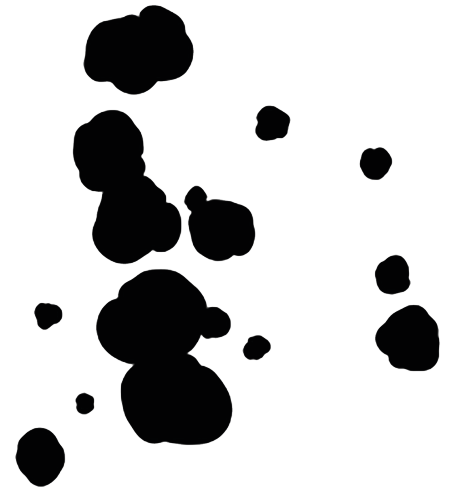
Mi tío trabajaba de velador en un condominio. Siempre salía de madrugada y volvía por la tarde. Un día no regresó. Mi tía lo buscó por todos lados, hospitales, comisarías, incluso llamó a SEMEFO. “Señora su esposo ya está muerto y enterrado, no lo busque. Fue una equivocación, lo confundimos con alguien más” con esas palabras un hombre

al otro lado del teléfono le informó a mi tía que el padre de su hijo no volvería. Mi primo tenía ocho años.

Mi primo siempre fue lo más valioso que tuvo mi tía. Ella, como madre soltera, trabajaba, comía, respiraba por su hijo. Se crió con sus abuelos y lo veía cuando iba a visitar la casa de los papas de mi mamá. De pequeños jugábamos mucho y al crecer nos fuimos distanciando. En una de sus tantas visitas el me enseñó a encontrar contenido para adultos. Fue lo más cercano a un hermano mayor que tuve. En otra ocasión me confesó que vendía droga. Tenía un plan. Ahorrar dinero hasta ser mayor de edad y después irse de su casa. No supe cómo responder y solo me callé. Mi mamá me contó que mi tía le había encontrado droga a mi primo, que lo regaño y ahora iría a rehabilitación. Mi primo luchó durante años por rehabilitarse. Mi tía trabajo muy duro para ayudar a su hijo. Mi primo consiguió un trabajo como guardia de seguridad. En sus treinta la vida parecía comenzar a sonreírle, hasta me enteré de que consiguió novia. Un día se peleó con sus abuelos y salió de su casa. Lo encontraron en una fosa común. Mi madre me cuenta que su mamá no pudo abrazarlo por última vez pues el cuerpo estaba demasiado hinchado.

30 DE OCTUBRE

Desde que tengo memoria, cuando mi mamá pone el altar de día de muertos siempre coloca una estampa religiosa con la imagen de una persona ardiendo en llamas. Ella me dice que esa imagen no puede faltar en el



altar pues es la que permite que las almas de aquellos que están en el purgatorio visiten nuestra ofrenda. Cuando aprendí a leer vi que el reverso de la imagen contenía la siguiente oración: “Oh Padre Eterno, que, para salvar a las almas, quisiste que vuestro Unigénito Hijo, hecho hombre, se sujetase a la vida más pobre y mortificada, y derramase en la cruz toda su sangre por nuestro amor; compadeceos de las pobrecitas Ánimas del Purgatorio, libradlas de aquellas horrorosas llamas. Por medio del Sagrado Corazón de Jesús y por los dolores de su Santísima Madre, os ofrezco en sufragio de todas ellas, las buenas obras y los actos heroicos de cuantos justos han existido en la tierra. Miradnos a todos con ojos de compasión y haced que celebremos un día vuestras misericordias en el eterno descanso de la gloria. Amén.”

2 DE NOVIEMBRE

Mi abuelita solía sentarse en su sillón a tejer. Ella tejía mucho. Mi mamá me dice que de joven mi abuela fumaba mucho. Cuando íbamos a visitarla le cantaba a mi hermana pequeña. Con voz suave recitaba la siguiente canción “Los pollitos dicen pío pío pío cuando tienen hambre cuando tienen frío, la gallina busca el maíz y el trigo, les da la comida y les presta abrigo. Acurrucaditos bajo sus alitas duermen los pollitos hasta el otro día.” Mi hermana era muy pequeña para recordarla, pero yo tengo buena memoria y a veces le canto esa canción. El cáncer la consumió.

Mi primo tuvo una vida difícil. Sus padres lo abandonaron junto a sus hermanas cuando era muy pequeño y mis abuelos se encargaron de criarlos. En su infancia orinaba mucho la cama y lo regañaban por eso. Un día descubrieron que tenía una enfermedad renal. Casi muere, pero él se aferró a la vida. De pequeño recuerdo que una vez le dije que olía a hospital, yo no sabía que era porque gran parte de su tiempo se la pasaba recibiendo hemodiálisis. Perdió un riñón y mi tío le donó el que tenía. Perdió los dos riñones y aun así sobrevivió. Siempre lo veía con una sonrisa. Era muy pachanguero y aunque no bebía, sabía cómo divertirse. Vivió mucho tiempo, siempre decía que él iba a enterrarnos a todos. Tenía buenos amigos, siempre les decía que si se moría quería que ellos jugaran su juego favorito, conquián, sobre su ataúd. Se enamoró y formó una familia. Mi abuelo y mis tíos no aprobaban la relación pues la niña no era su hija de sangre, pero mi primo la adoptó. Él era feliz. Cada vez que te hacen la hemodiálisis la aguja tiene que perforar una

vena para poder filtrar la sangre, esa vena no puede ser pinchada múltiples veces. A mi primo ya no le quedaban venas por las que le pudieran hacer la diálisis y tuvieron que hacerle una operación para acceder a una vena en su corazón. Murió de un paro cardíaco. Sus amigos jugaron una última partida de cartas sobre su ataúd.

Mi abuelo era enojón, o al menos es lo que me decían mis primos. Yo nunca lo vi enojarse conmigo. Decían que yo era su nieto favorito pues fui el primero en llevar su apellido. De pequeño me cuidaba mucho. Si dormía no permitía que alguien en la casa hiciera ruido. Los domingos me llevaba al zócalo a pasear y me compraba un globo de Barney. Una vez, ya en casa, solté mi globo y lloré porque este salió volando. El viejito se regresó a la plaza para conseguirme uno nuevo. Una vez, mi peluche de Barney perdió el brazo. Mi abuelo con lo macho que era tomó aguja e hilo y lo cosió como nuevo. Vivía en el sótano de la casa. Mi abuela nunca quiso separarse de él y en su lugar lo exilió a ese lugar. Cuando visitaba la casa bajaba a platicar con él. A veces también me prestaba sus herramientas cuando no encontraba alguna en mi casa. Me contaba historias de su juventud y me daba consejos. Me hablaba de su padre, un hombre de campo fuerte y curtido. Su abuelo, un hombre muy bueno cuando se trataba de usar la pistola y las mujeres. Me contaba que era un forajido y que sabía andar muy bien en el cerro “Eran otros tiempos” me decía. A veces bajaba a ayudarlo con su tele para que pudiera ver sus películas en blanco y negro. Me decía que me cuidara mucho y que no cometiera los mismos errores que él. Murió de vejez. En sus últimos momentos, cuando lo fui a cuidar al hospital, no me reconoció. La demencia puede ser muy cruel.

La muerte es trágica. Cada vida está llena de felicidad y tristeza. Para la gente es sinónimo de pena. Mi país tiene muchos defectos y está lejos de ser perfecto, pero es en fechas como estas en que me siento feliz de ser mexicano. Pues una vez al año, durante una semana. Toda la gente que he perdido viene a mi casa. Visita la ofrenda y me demuestra la existencia de lazos que trascienden la muerte. Realmente las personas no mueren hasta que sean olvidadas y mientras yo respire mis seres queridos serán inmortales. ●